

# *Segundo de cordada*

*Éric Jacquet-Lagrèze*

*eric.jacquet-lagrez@editions-tensing.fr*

Manu notó su móvil vibrando en su bolsillo. Había salido del refugio tras la cena para comprobar el tiempo. El sol justo acababa de desaparecer detrás de la cordillera de los Aravis. Hacía muy buen tiempo y un frío cortante se estaba instalando en el valle. Tenía enfrente la vertiente norte de la Aguja de Bionnassay. Desde el refugio de Tête Rousse, le pareció muy empinada. No importaba, se sentía en forma. No es de extrañar en este inicio de temporada; el buen tiempo le había permitido realizar casi todas las rutas que él y su amigo Stéphane tenían previsto hacer. Bonitos recorridos en la nieve como la cresta de Peuterey en el Mont Blanc que habían subido dos semanas antes. Hoy sería la vertiente norte de Bionnassay. Pero esta vez iba solo. Lo había hecho con el abuelo diez años antes. Tenía entonces diecisiete años. Dichoso abuelo, qué atrevido había sido al llevárselo para subir esta vertiente. ¿Qué edad debía tener en este momento? Cerca de setenta años, calculó Manu.

Se dejaba el móvil cada dos por tres, incluso cuando andaba por la montaña. Sin embargo, a menudo pensaba “porqué no, nunca se sabe, es una seguridad, ahora hay cobertura en casi todo el macizo”. Miró la pantalla. Era un mensaje de su madre:

*El abuelo ha sido hospitalizado. Está muy mal. Se está muriendo.*

Nada más. No comprendió muy bien el significado de aquel mensaje. Pero no quería saber más. Ahora no. Llamaría mañana, después de la ruta, de vuelta en el refugio. Eso es, una vez en el refugio, finalizada la ruta, llamaría a su madre. Aquí, ahora, era demasiado complicado. Le pediría que bajara enseguida. Así era su madre, preocupándose por todo, y muchas veces, por nada. El abuelo, es un hombre fuerte. No puede morir así como así, en unas horas. Manu ni siquiera sabía que estaba enfermo. Si se hubiera dejado el móvil; no habría ni recibido este mensaje. La vertiente norte de Bionnassay se volvió de un color anaranjado, para después pasar a un rojo oscuro, mostrando su perfil tallado en el hielo. Las grietas se volvieron más aparentes. Buscó el itinerario, estudió los puentes de nieve por encima de los abismos, de cada uno de ellos estimó su ancho, grosor y solidez. No encontró huellas. En tiempos del abuelo, eso sí, la vertiente era más frecuentada, no tanto como la travesía de los Dômes de Miage, que disfrutaban cada día de verano decenas de alpinistas. Mientras hoy pueden pasar semanas enteras sin ver personas atadas. “Mira Manu, ¡podemos verlos!” ¡se exclamaba! Dejaban a Manu subir en el taburete para que desde lo alto del taburete a sus ocho años pueda acercar su ojo al telescopio religiosamente colocado en el ángulo del balcón. Manu tenía permiso para girar la ruedecilla que hacía el enfoque que permitía visualizar la imagen al detalle, pero sobre todo no la del zoom, y aun menos permiso para cambiar el ajuste de altura o azimut. El abuelo ya no tenía muy buena vista y su ajuste era muy diferente al de Manu. Cuando Manu ponía su ojo en el objetivo, veía una línea desenfocada que separaba el blanco del glaciar del azul del cielo, pero girando la ruedecilla, la línea se volvía más precisa y la nieve aparecía tanto oscura y gris en el aire helado de la mañana, como reflejando el sol que subía por el lomo de la montaña. Entonces a

Manu le daba la impresión de que, como por arte de magia, aterrizaba en la cima, y veía con toda nitidez la cordillera progresar a lo largo de la creta.

Edith miró a su padre, tumbado en su cama del hospital. Parecía estar consciente a pesar de los signos de cansancio. Había estado tan bien estos últimos años, mientras sus amigos perdían la cabeza y las ganas de vivir, Jean solo parecía interesado en el futuro, los proyectos de los suyos, que se fundían en su propia existencia. Estaba tan bien, que ella jamás pensó que un día llegaría su turno. Y sin embargo, ayer, el accidente. Se había caído al volver del pueblo. Un problema cerebral fue lo que diagnosticaron los médicos de Sallanches. “Dado su avanzada edad, no hay nada que hacer. Puede que viva aun uno o dos días, pero no hay mayor esperanza.” Después del impacto de la noticia, Edith había aceptado finalmente de que al era mejor así. La cara de su padre era inexpresiva, estaba casi blanca. Las arrugas se veían aun más, minúsculos surcos que se fundían en las montañas de su cara. Jean se giró hacia su hija, la miró sin verla, hacia años que ya casi no veía. No obstante sus ojos azules no habían perdido ni un apice de su brillo. Cuando hablaba, su mirada era tan expresiva como el sonido de su voz. Hacía tiempo que había aprendido a mirar a su interlocutor escuchando su voz, su respiración, sus silencios. No necesitaba sus ojos para poder leer los pensamientos...

- ¿Has llamado a Manu? Le preguntó...

- Hace un momento le deje un mensaje en su móvil. A esta hora ha debido llegar al refugio de Tête Rousse. Ha ido a escalar la vertiente norte de Bionnassay. No te preocupes papa, volverá. Descansa. Duerme un poco, mientras regresa.

Jean fingió que se dormía, por un lado para complacer a su hija, pero sobre todo para reencontrarse con Manu. Era Manu con quien

quería hablar. Se dio cuenta que todavía quedaba algo pendiente, importante que decirle. Habían vivido tantas cosas juntos. Habían escalado las montañas, escuchado el sonido de los torrentes que nacen de los glaciares. Habían estado observando los cernícalos planear por encima de los pinares, y las cabras montesas pastar en las arduas pendientes del monte Vorassay. Habían hablado con los hombres de la montaña, los que llevaban los rebaños a los pastos. A lo largo de todos estos años, le había dicho tantas cosas a Manu. Pero tenía una certeza, y era que no le había dicho lo esencial.

Era una noche sin luna. El cielo, estaba cubierto de estrellas que brillaban con tanta fuerza, irradiando toda su dulce luz en la fachada norte de Bionassay. Manu encendió su linterna en la frente y alcanzó el glaciar. Dos cordadas habían salido poco antes que él, en dirección del refugio del Goûter, para ascender al Mont Blanc. Localizó las luces que había delante del refugio. Examinó la vertiente grande. Tenía mil metros de pendiente por delante. Estaría solo en la vertiente.

*¿Recuerdas Manu nuestra primera salida? Por supuesto que no, ¡...eras demasiado pequeño! ¡Era el Monte Joly! Tenías dieciséis meses y pesabas diez kilos. Yo si me acuerdo muy bien, sobre todo por los kilos, pues hiciste todo el trayecto en mi espalda. Subiendo, nos paramos una primera vez en una colina, pues tenías hambre y sed. Y luego una segunda, para mirar un rebaño de ovejas. Al llegar cerca de la cima, caminamos por la nieve que había recubierto el suelo durante la noche. Intrigado, quisiste bajar de mi espalda, y por primera vez tocaste la nieve. Me miraste sorprendido, probablemente maravillado por este trozo de montaña que habías recogido y que se fundía en las palmas de tus manos. Luego diste unos pasos hacia la cima, como si quisieras acercarte al cielo. Tos*

*ojos chispeantes parecían querer comerse el mundo. ¡Oh, si! Que bien recuerdo nuestra primera salida.*

Reconoció el tramo más arduo. Subían juntos con la cuerda tendida. El abuelo el primero, Manu el segundo de cordada. Había tenido miedo al vacío. “¡Quédate aquí!” le había dicho el abuelo “voy a subir hasta el rellano un poco mas arriba, desde ahí te aseguraré. Si quieres, colocaré un tope, de este modo no arriesgaremos nada. “

Había amanecido, y el sol dejaba caer sus primeros rayos sobre el lomo Sur de la Aguja. Al aproximarse a la cima, Manu descubrió formas remolinándose, mientras se remontaban desde el fondo del abismo. Algunas nubes que venían de Tré la Tête, seguro. No obstante, no era tiempo de vientos cálidos. Aliviado, dio sus últimos pasos en la vertiente. Todo había ido bien. No había tenido miedo, e iba bien de tiempo. Se estaba levantando viento. Las nubes venían de Italia. Es en la cima, cuando lo vio delante suyo. “¿Tu aquí, abuelo? ¿Has subido por la cresta sur? Pero pensaba que...”.

*Manu, te he alcanzado para finalizar la cordada contigo. La última cordada contigo. Tenía algo importante que decirte. Son palabras que he guardado conmigo durante años, y que hubiera sentido ridículas de expresarlas, entonces, delante de ti. Te quiero,*

*Manu. Te quiero desde el primer día de tu vida. Has sido la sal de la mía, desde que la mujer que he querido durante toda mi vida, me dejo para siempre. Has sido el perfume de mis días. Nunca he dejado de esperarte. He vivido solo para ti, para verte, hablarte, enseñarte el mundo, y la vida. Esto es lo que te quería decir.*

Tras dejar la cumbre, la cordada emprendió el camino sobre la cresta aérea que enlaza la Aguja de Bionnassay al Dôme de Goûter. Jean se giro hacia Manu, le brindo una ultima sonrisa, y se quito la cuerda. Las nubes les envolvieron un instante, luego siguieron violentamente rumbo norte. Manu giro la mirada hacia delante suyo. Jean ya no estaba, y en la fina cresta, encontro solo la ausencia de cualquier huella.

De vuelta al refugio, sonó el teléfono. Su madre le anuncio, con un ligero reproche en la voz:

- ¡Llegas demasiado tarde! Tu abuelo nos ha dejado esta mañana. Eran justo las diez. ¡Le hubiera gustado tanto volver a verte!
- ¡Lo sé Mama! No te preocupes. El abuelo estuvo conmigo en el momento justo de decidir, que se iba.